

# CONVENIO y Conversación

Un estudio de la espiritualidad en la parashá con **Rabino Sacks**



ת"ו

Convenio y Conversación 5776 sobre espiritualidad es amablemente apoyado por la Fundación Maurice Wohl en memoria de Maurice y Vivienne Wohl ז"ל

Traducido del Inglés por la Oficina del Gran Rabino de Uruguay



*Traductor: Carlos Betesh, Comunidad Chalom, Buenos Aires  
Editor: Ben-Tzion Spitz, Gran Rabino, Uruguay*

## Inspiración y transpiración

**Tetzavé – 20 de febrero, 2016 / 11 Adar I 5776**

Beethoven se levantaba cada mañana al amanecer y preparaba su café. Era fastidioso con respecto a eso: cada taza debía llevar exactamente 60 granos, que contaba cada vez. Después se sentaba en su escritorio y componía hasta las 2 o 3 de la tarde. Luego hacía una larga caminata llevando consigo un lápiz y papel pentagramado para anotar alguna idea que se le presentara en el camino. Cada noche, después de la cena iba a tomar una cerveza, fumar la pipa y acostarse temprano, a las 10 como máximo.

Anthony Trollope, que además de escribir trabajaba en el Correo, le pagaba a un asistente para que lo despierte todos los días a las 5 de la mañana. A las 5 y media ya estaba en su escritorio y luego procedía a escribir durante exactamente tres horas, trabajando contra el reloj para producir 250 palabras cada cuarto de hora. De esta forma escribió 47 novelas, muchas de ellas de tres tomos, así como otros 16 libros. Si finalizaba una novela antes de las tres horas, tomaba inmediatamente una nueva hoja de papel para comenzar otra.

Emanuel Kant, el filósofo más brillante de los tiempos modernos, era famoso por su rutina. Como lo describió Heinrich Heine: “Levantarse, tomar café, escribir, dictar clase, comer, hacer una caminata, todo lo hacía a su tiempo, y los vecinos sabían que eran exactamente las tres y media de la tarde cuando salía de su casa con su sobretodo gris y su bastón español en el puño”.

Estos detalles, junto con otros 150 ejemplos de grandes filósofos,

artistas, compositores y escritores provienen del libro de Mason Currey titulado *Daily Rituals: How Great Minds Make Time, Find Inspiration and Get to Work*. (1) El tema central del libro es sencillo. La mayoría de la gente creativa tiene rituales. Es la tierra de la que se nutren las semillas de su inspiración.

En algunos casos tomaban intencionalmente trabajos que no necesitaban, simplemente para armar una estructura y una rutina en sus vidas. Un ejemplo típico es el del poeta Wallace Stevens que aceptó un puesto de abogado de seguros de la compañía Hartford Accident and Indemnity donde trabajó hasta su muerte. Dijo que tener ese trabajo fue una de las mejores cosas que le habían pasado porque “Introduce disciplina y regularidad en la vida de uno.”

Observen la paradoja. Todos ellos eran innovadores, pioneros, creadores originales que formularon nuevas ideas, originaron nuevas formas de expresión, hicieron cosas que nadie antes de ellos había hecho de esa manera. Rompieron el molde. Cambiaron el paisaje. Se aventuraron en lo desconocido.

Sin embargo sus vidas eran lo opuesto: ritualizadas y rutinarias. Hasta se podría decir, aburridas. Por qué? Porque – el dicho es famoso aunque no sabemos quién fue el primero que lo expresó – *el genio es el uno por ciento de inspiración y noventa y nueve por ciento de transpiración*. El descubrimiento científico que cambia el paradigma, la investigación original, el producto sensacionalmente exitoso, la novela brillante, la película ganadora de premios, son en casi todos los casos el resultado de muchos años de largas horas y atención a los detalles. Ser creativo es un trabajo duro.

El hebreo antiguo denomina al trabajo intenso *avodá*. También significa “servir a Dios”. Lo aplicable a las artes, las ciencias, los negocios, la industria, también es válido para la vida del espíritu. Lograr cualquier forma de crecimiento espiritual implica un esfuerzo sostenido y rituales diarios.

De ahí el notable pasaje agádico en el que varios sabios exponen su idea de *klal gadol ba-Torá*, “el gran principio de la Torá”. Ben Azzai dijo que es el verso “Este es el libro de las crónicas del hombre: en el día que Dios creó al hombre lo hizo a semejanza de Dios.” (Gen.5: 1) Ben Zoma dijo que hay un principio más abarcador, “Oye, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor es Uno.” Ben Nannas dijo que hay un principio aun más abarcador: “Ama a tu prójimo como a ti mismo.” Ben Pazzi dijo que hay un principio que los supera, y menciona un verso de la parashá de esta semana: “Una oveja se ofrecerá a la

mañana y una segunda a la tarde.” (Ex.29: 39). O, como diríamos hoy en día, Shajarit, Minjá y Maariv. En una palabra: “rutina”. El pasaje concluye: la ley es según Ben Pazzi.

El sentido de la frase de Ben Pazzi está claro: todos los elevados ideales del mundo – la persona creada a la imagen de Dios, el creer en la unidad de Dios, el amor al prójimo – cuentan poco hasta que se constituyan en hábitos de acción que a su vez se transforman en hábitos del corazón. Todos nosotros podemos recordar momentos de inspiración en que tuvimos una gran idea, un pensamiento transformador, la visión de un proyecto que podía cambiar nuestra vida. Un día, una semana o un año más tarde ese pensamiento cayó en el olvido o se transformó en un recuerdo distante, y en el mejor de los casos, un lo-que-podría-haber-sido.

Las personas que cambian al mundo, ya sea en forma mínima o en forma épica, son los que transforman experiencias vitales en rutina diaria, que saben que los detalles cuentan, y que han desarrollado una disciplina de trabajo intenso, sostenido en el tiempo.

La grandeza del judaísmo es que toma grandes ideales y visiones exaltadas – la imagen de Dios, la fe en Dios, el amor al prójimo – y las transforma en métodos de conducta. La Halajá (ley judía) comprende una serie de rutinas que – como en el caso de las grandes mentes creativas – reconfigura el cerebro, dando disciplina a nuestras vidas y cambiando nuestra forma de sentir, pensar y actuar.

Gran parte del judaísmo debe parecer a los ajenos, y a veces a nosotros mismos, aburrido, prosaico, mundano, repetitivo, rutinario, obsesivo con los detalles y desprovisto en su mayor parte de dramatismo o inspiración. Sin embargo de eso mayormente se trata el escribir una novela, componer una sinfonía, dirigir una película, perfeccionar una aplicación exitosa o construir un negocio multimillonario. Se trata de mucho trabajo, atención enfocada y rituales diarios. Es de ahí que proviene la grandeza sustentable.

En el Occidente hemos desarrollado una visión extraña de la experiencia religiosa: se asocia a lo que te impacta cuando ocurre algo completamente fuera del curso de la vida normal. Escalas una montaña y miras hacia abajo. Te salvas milagrosamente de un peligro. Te encuentras integrando una multitud clamorosa. Es lo que el teólogo luterano alemán

Rudolf Otto (1869-1937) definió “lo santo”: un misterio (*mysterium*) tan tremendo (*tremendum*) como fascinante (*fascinans*). Te sientes apabullado por la presencia de algo que es vasto. Todos nosotros hemos tenido esas experiencias.

Pero eso es sólo lo que son: experiencias. Quedan grabadas en la memoria pero no son parte de la vida diaria. No están tejidas en la textura de nuestro carácter. No afectan a lo que hacemos, logramos o seremos. El judaísmo trata sobre los cambios necesarios para que seamos artistas creativos cuya creación más grande es nuestra propia vida (3). Y eso requiere rituales diarios: *shajarit*, *minjá*, *maariv*, la comida que comemos, la forma en que nos comportamos en el trabajo o en el hogar, la coreografía de santidad que es la contribución especial de la dimensión sacerdotal del judaísmo, expuesta en la parashá de esta semana y a través de todo el libro de Vaikrá.

Estos rituales tienen su efecto. Sabemos ahora a través de las tomografías y resonancias magnéticas que el ejercicio ritual repetitivo reconfigura el cerebro. Nos da resiliencia interna. Nos hace más agradecidos. Nos da una sensación de confianza en la Fuente de nuestro ser. Configura nuestra identidad, la forma de actuar, hablar y pensar. El ritual es a la grandeza espiritual lo que el entrenamiento es al jugador de tenis, la disciplina diaria de escritura al novelista, y la lectura de los balances empresarios a Warren Buffett. Es la condición previa al logro importante. Servir a Dios es *avodá*, o sea trabajo duro.

Si buscas inspiración repentina, trabaja para lograrla durante un año o durante toda la vida. Es así como viene. Como todo golfista contesta cuando le preguntan cuál es el secreto de su éxito: “Tuve suerte. Pero lo raro es que cuanto más práctico, más suerte tengo.” Cuanto más buscas alturas espirituales más necesitas el ritual y la rutina de la halajá, el “camino” judío a Dios.



- (1) Mason Currey, *Daily Rituals*, New York, Knopf, 2013
- (2) El pasaje está citado en la introducción del comentario HaKotev a *Ein Yaakov*, los pasajes hagádicos del Talmud. También citado por Maharal en *Nevirot Olam, Ahavat Re'á 1*.
- (3) Señalado por el Rab. Joseph Soloveitchik en *Halakhic Man*



Para obtener más material del Rabino Sacks, o para unirse a su lista de correo, por favor visite [www.rabbisacks.org](http://www.rabbisacks.org)

La oficina del Rabino Sacks, PO Box 72007, London, NW6 6RW  
+44 (0)20 7286 6391 · [info@rabbisacks.org](mailto:info@rabbisacks.org) · [www.rabbisacks.org](http://www.rabbisacks.org)

© Rabbi Sacks · Todos los derechos reservados  
La oficina del Rabino Sacks es apoyado por The Covenant & Conversation Trust